

CONFERENCIAS

Don Pedro de América

Alberto Baeza Flores

Me conmueven, me emocionan las palabras de presentación dichas por mi querido y admirado amigo y compañero de "La Poesía Sorprendida," el Dr. Mariano Lebrón Saviñón, a quien le doy las gracias desde el fondo de mi corazón por su fraternal y humana generosidad, ilimitada y acompañadora.

No es poca osadía intentar analizar el legado de Pedro Henríquez Ureña en su ciudad natal; en el país que le ha rendido culto honrador, minucioso, erudito - y diría que sabio - y donde los especialistas sobre la vida y la obra del maestro son numerosos y de calidad.

No es poca audacia hablar en el recinto cultural más simbólico, dedicado a la memoria de Pedro Henríquez Ureña - la Universidad Nacional que lleva su nombre -, y hacerlo en la Semana Aniversaria del Centenario de su Nacimiento.

José Agustín Balseiro ha apuntado dos riesgos que corremos los que nos acercamos a la vida y la obra de Don Pedro de América - como lo llamo - : el uno es el exaltador y

exaltante impulso apologético que en el entusiasmo emotivo nos anubla el juicio analizador; y el otro es no saber y no poder abarcar una vida y una obra tan rica en temas y tonos tan variados como nutridores del espíritu, del humanismo, de la cultura raigal de nuestra América, hasta tocar las entrañas de la Magna Patria y el vuelo de la Utopía Americana.

¿Por qué el ilustre Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña — el Dr. Jaime A. Viñas Román — ha escogido a este poeta artesanal y errante que soy, y a este permanente aprendiz de la cultura — que continúo siendo — para este homenaje?

Pienso que no tengo otras razones, que justifiquen mi presencia de ahora, que no sean mi humildad, mi sencillez, mi vocación, mi errancia, mi curiosidad humana, para poder acercarme al maestro de humanismo socrático, errante y erudito. Pienso, también, que el Señor Rector ha pensado que soy, en cierto modo, un discípulo de Pedro Henríquez Ureña — no importa que un discípulo muy modesto, — pero que ha sido siempre fervoroso del maestro dominicano y lo sigue siendo, aun más, en la conmemoración del Centenario de su nacimiento.

Una deuda desde el corazón y la inteligencia — desde la inteligencia del corazón.

Debo a Pedro Henríquez Ureña lo que debo a Simón Bolívar y a José Martí, a Gabriela Mistral y a Rubén Darío, a Vitoria Ocampo y a Víctor Raúl Haya de la Torre, a Germán Arciniegas y a las viejas culturas inca, azteca y maya. Sin ellos mi formación no sería nada o casi nada.

El joven escritor — que era yo entonces —, que un día penetró a una librería de ocasión, ansioso en su formación que nunca terminará, porque el aprendizaje dura toda una vida, aunque esa vida sea larga, y encontró, por afortunado azar, un tomito que le sería entrañable — *Antología de la versificación rítmica* de Pedro Henríquez Ureña, en la edición de *Cultura*, Tomo .X, número 2, 1o. de abril de 1919, México, Imprenta Murguía, Av. 16 de septiembre, 14 — descubrió un pequeño o grande universo de la poesía que sería su lección de intimidad y compañía interior.

Ese librito cálido, de bolsillo, con la carátula de un color café muy claro y limpia, letras derechas y esbeltas, tintas roja y negra y una viñeta de una donosa lira griega, sería mi compañía cálida. El azar nos coloca, de pronto, en el encuentro de lo inesperado que deja una honda huella en nuestro espíritu. Así encontré, también en la librería de obras de ocasión, en la calle San Diego de Santiago de Chile, los primeros textos de *Los Cuadernos de Malte Lauris Bridge* de Rainer María Rilke que, también, tanto me acompañarían.

La vida que se nos da, cuando es generosa en tiempo, alcanza a tres o cuatro generaciones, y podemos vivir así las estaciones del año que son las de la vida. Nos acompañan unos libros que son la puerta de entrada de una luz cálida, de una conversación interior con y hacia el mundo. Esta antología de la versificación rítmica de Pedro Henríquez Ureña me mostró una sabiduría de siglos. La antología del maestro me llevó a leer el *Cancionero musical de los siglos XV y XVI* de Asejo y Barbieri y otros que dejaron su huella en mi *Dolorido Sentir* (La Habana, 1942) y en mi *Ciervo Vulnerado* (Isla Española, en la capital dominicana, 1944) *La vida y las circunstancias*.

Parece el mejor regalo de un destino, que guiará a Pedro Henríquez Ureña hacia la ciencia del corazón y hacia un humanismo animado por la conciencia de un pasado y la vocación de un futuro: el ambiente, las circunstancias del escenario de su herencia familiar, de sus raíces culturales, y lo que es el país de la infancia, la proyección de la adolescencia y el quehacer de la primera juventud.

Hay que pensar en esa mujer delicada y clara, maestra de la intimidad, de la poesía del hogar y de la patria, de la liberación y de la justicia que es el patriotismo dominicano. Esa mujer es la madre de la ternura y la enseñanza. Doña Salomé, para Pedro, es la luminosidad de la vida que nunca se da sin dolor y sacrificio.

Hay que pensar en ese hombre que viene de una raíz de poesía, y que es un temperamento de letras y de ciencias, de justicia y diplomacia, de patriotismo y de viajes. De su padre, Don Francisco, recibirá Pedro la imagen de la vida combativa y

paciente, inquieta y meditativa, servicial y dulce, abnegada y de exilios interiores y terrestres.

Hay que pensar no tanto en Fran- el hermano mayor - o en Camila - la hermana pequeña - sino en Max, que es el compañero, además del hermano, y que comprenderá a Pedro como amigo del alma desde un quehacer de una misma vocación. Max nos dará en "Recuerdos de infancia y juventud" el cálido anecdótico primero de su hermano Pedro. Será Max - milagro de la vida - su primer discípulo.

Hay que pensar, además, en su padrino, que es su tío Federico, el poeta, educador, el hombre de tantas inquietudes intelectuales y el moralizador social, a quien José Martí, desde Montecristi, el 25 de Marzo de 1895 escribe su testamento político y lo llama amigo y hermano y le dice: "Escasos, como lo montes, son los hombres que saben mirar desde ellos y sienten con entrañas de nación, o de humanidad"; le confiesa: "Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber"; y piensa y le propone: "Esto es aquello y va con aquello" (...) Hagamos por sobre la mar, a sangre y cariño, lo que por el fondode la mar hace la cordillera de fuego andino."

No dejo de pensar que Pedro Henríquez Ureña realizará, desde su misión de humanista lo que el Apóstol de la Libertad de Cuba le proponía al tío y padrino, el Maestro y Apóstol don Federico Henríquez y Carvajal -"tío Fellé," como le dirá, en la infancia, Pedro Henríquez Ureña.

La vida, entre sus dones mejores suele dar estas circunstancias felices *De los retornos a las aceleraciones*

El cine, con sus técnicas de montaje, nos ha enseñado que el tiempo avanza y retrocede, a través de las imágenes que señalan un 'reconto' y que, otras veces, aceleran la acción. Quisiera en estas imágenes de Don Pedro de América, encontrar ese ritmo cinematográfico para expresar el acento vivo de este humanista excepcional.

Estamos pues en el invierno de 1941 en esa semana que Don Pedro de América habla con su devoto discípulo Emilio Rodríguez Demorizi -a quien destinará, un día, su archivo personal. Don Pedro tiene 57 años. Es una semana en

universidades, bibliotecas y museos. Cambridge y Boston. Serán, también, unos días en Nueva Yorl. El tiempo se acelera, aunque parece que el reloj es rigurosamente puntual.

Lo recordará Rodríguez Demorizi cuando escribe sobre la dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña: "No era el sabio intolerante y sentencioso de enfadado talante, sino el hombre sencillo y cuya sabiduría parecía fluirle al mismo tiempo del corazón y del cerebro" (...) "Todos nuestros males pasados los explicaba con esta sola indulgente frase de consuelo-: " ¡es que éramos muy pobres! " (1)

Una primera presencia: la imagen de Pedro Henríquez Ureña física, austero, sin melodrama y que representa una forma de ser y estar dominicano superior, que ha asumido su historia. El drama de una dominicanidad cálida, sufrida, está ahí, en él. Es una identificación física, psicológica, de lo superior dominicano, un drama que es austero y que lo ha asimilado todo, pero sin estridencias. Es lo que hace pensar en aquello de San Pablo, de renunciar a lo superfluo, a la pelusa, por ir al hueso, a la esencia.

Y lo que permanece, en quienes lo miramos en la fotografía, es el valor del silencio, la sonrisa cordial y acaso animada por un dolor interior. El nacionalismo de Pedro Henríquez Ureña nace de circunstancias concretas. Hay una conciencia. No es un nacionalismo dogmático sino de una generosidad y humanidad que es una dignidad esencial.

Toda patria esta hecha de acarreo culturales, en el más amplio sentido del vocablo, de la concepción de la cultura como substancia y ser, substancia del ser y en el ser. Todos somos hijos y obra de acarreo culturales, empezando por nuestra madre España. Así, Pedro Henríquez Ureña es fiel a las múltiples corrientes de donde viene y que nunca rehusa, y siempre incorpora de una manera natural trascendida.

Y este hombre que se ha ido despojando de modas para quedarse en un modo esencial, único, de lo trascendido,

(1) Emilio Rodríguez Demorizi. *Dominicanidad de Pedro Henríquez Ureña*, Ciudad Trujillo. Universidad de Santo Domingo, 1947. Pol Hermanos 15 pp. La cita en pag 20.

universal, de su ser conectado con el decursar del mundo, es también este que nos muestra esa otra fotografía: la del joven de cabellera rizada y que es un prematuro pensativo. El mundo es demasiado serio para él, aunque sabe que la sonrisa aligera el drama de lo pasajero. El cuello de "pajarita" a la moda. La corbata de fantasía. Orejas grandes -como las de Francisco y Federico, su padre y su tío-. En Pedro es un bigotillo a la moda. Los labios sensuales - como los de su padre -. Bigotes como el padre.

Frente amplia, también; nariz poderosa. El padre, en una fotografía de su juventud tiene una mirada de águila en vuelo. Pedro, el hijo, tiene un mirar melancólico y lírico. El padre, más que de médico, tiene la ensoñación profética, pero el hombre de ciencia y el político se juntan al fin en lo hebraico profético. La onda sefardí parece cruzar el destino. Pedro es el poeta a la moda, el "fugado," pero a la vez está inmerso en la realidad. No hay contradicción en ese Pedro Henríquez Ureña, poeta modernista y a la moda, y ese otro Pedro - de años después maestro de serenidad meditativa y siempre hacia la apertura y la utopía. Sólo que esta vez la utopía va a ser un hecho real, y a descansar en lo pragmático, en lo estricto, en lo valeroso deseable.

También estas son imágenes contrapuestas y de 'recontos' del cine que es la vida en su discurrir, en su decursar.

El acompañamiento de fondo

Pedro Henríquez Ureña, desde su epistolario, nos da la imagen del "hombre de letras," es decir: la del que vive desde el signo, el símbolo, en el "comercio espiritual" del mensaje escrito de la persona humana.

Vive atento al quehacer de la letra del alma, de la creación, del mensaje, de la artesanía del espíritu, de la respiración de la cultura, y de aquello que está destinado a la revista literaria, a la página más trascendentalizada del periódico, o al rincón de interés más allá de lo pasajero.

Este hombre de letras es un profesor y ejerce este

magisterio no sólo en el aula - de enseñanza media y superior - sino, también, en el conversatorio, en el diálogo, en la confianza, en la lectura en voz baja. Y hay en él una imagen socrática en el siglo XX. Don Pedro está en la tertulia, en el salón literario - en su adolescencia en Santo Domingo y Puerto Plata -, Ciudad México y en La Habana. También Don Pedro está en la ocasional o habitual tertulia de la librería. Y en el fondo de esta actividad está ese tomarle el pulso a la vida que pasa y a la vida que viene, en encontrar la trascendencia de lo pasajero y el asombro de lo infinito.

La importancia de Pedro Henríquez Ureña, como en José Ortega y Gasset, es su acompañamiento de fondo, el escenario de su transfondo que es el de su cultura: esa relación entre lo nacional y lo universal. Ortega va desde España -como problema- al hombre universal. Pedro Henríquez Ureña va desde la herencia cultural dominicana hacia la integración de lo nacional en lo universal, y hacia la universalidad de lo nacional.

La autenticidad

La lección de Pedro Henríquez Ureña es de austeridad, de sobriedad, de curiosidad intelectual, de un disciplinado rigor y de una generosidad solidaria. Nunca la grandilocuencia. Nos enseña rigor y claridad, este hombre ocupado y preocupado. Es cordial, sufrido, vigilante, austero, como una honda manera de ser dominicano.

Don Pedro es un hombre cuya autenticidad es de su ser natural, directo, sin trastienda. Es lo que es. No intenta deslumbrar a nadie. No pretende fingir lo que no es. Su epistolario es como el paño de la Verónica. Ahí está su rostro interior. Escribe con pulso de alma. Ahí está su humor, su cotidianidad. Abarca grandes espacios en pocas palabras. Es que su pensamiento ha recorrido los largos caminos del ayer. Su exploración es capaz de darnos una meditación de caminante que piensa sobre el camino y los demás caminos. El ser es, aquí, un hacer, un servicio. El hacer es, en Pedro Henríquez Ureña, un cotidiano y trascendentalizado quehacer.

En relación con el ensayo sobre *Las Corrientes literarias en la América Hispánica* (2) las líneas son productos de extensas meditaciones, de investigaciones acuciosas, de lúcidos pensamientos productos de un examen atento y a fondo y suscitan, promueven, nuevos viajes espirituales, mentales. Es el servicio del maestro.

En Don Pedro hay una afición y vocación a organizar, a ordenar un saber - que es su sentir - sobre la América indohispana, que es su América, empezando por su país natal y avanzando con sostenida lucidez—para el encuentro de las culturas de mundos diferentes.

Un quehacer en profundidad

El liberalismo de Pedro Henríquez Ureña es un estilo, una manera de ser y hacer de su humanismo. Es lo contrario de tantos tipos humanos que hemos conocido en nuestras civilizaciones dogmáticas, bárbaras y atormentadas.

Como al griego mejor, nada humano le es ajeno. Estudia a los pueblos medievales analiza el habla de la gente, escribe sobre la utopía. No niega lo irreal, pero se apoya en lo real. Es un poeta y utiliza rigores científicos, como Goethe y como Andrés Bello. No se propone formar una escuela, pero sus discípulos se acercarán a -el de manera natural y espontánea. No rehusa nada. De todo aprende. Todos pueden aprender de él.

Es un poco la proyección de un ser no dogmático, libre de dogmatismos, con el coraje interior de dar la batalla por la unidad de los pueblos americanos que llamará la Magna Patria.

Este errante viajero y profesor, empujado como por el destino griego, va por el mundo con ese amor a la tierra natal, a la ciudad querida, a la patria desguarnecida, y es una manera de amor, idea petrarquiana, donde la ternura va más allá del ensueño. Santa Beatriz del Dante viene a ser Santo Domingo

(2) El libro aparece en 1945 en el texto en inglés. En 1949 aparece en español. *Literary Currents in Hispanic America*, aparece en la Harvard University Press. La versión española la publica el Fondo de Cultura Económica, México, 1949, bajo el cuidado de Joaquín Díez Canedo.

para Don Pedro. La ama desde lejos, porque el destino impone ausencias, que son como invisibles destierros.

Pedro Henríquez Ureña no renuncia nunca a la esperanza. La Utopía es su fe en lo humano, su esperanza que no morirá, el ideal posible. Se preocupa por el destino de la cultura hispanoamericana que es el destino de su sangre, de su quehacer, de su horizonte, del futuro.

Don Pedro, como en *Historia de una Pasión Argentina* de Eduardo Mallea, distingue entre país de profundidad y país de superficie. Pedro Henríquez Ureña quiere y lucha por una plenitud de valores trascendentes para la cultura dominicana - e hispanoamericana - hay en la obra de Don Pedro una exaltación severa del quehacer deseable y superior de la cultura dominicana - y por proyección: la de su América toda, que empieza por la experiencia cultural en la Isla española—. Esta exaltación severa de la República Dominicana invisible, significa una iluminación responsable para ir al encuentro y siempre después de una búsqueda - de lo superior nacional, que no es la fanfarria sino el estudio, el trabajo responsable como proponía siempre: Ahora a trabajar.

La exigencia interior

Una vida habitada por el trabajo responsable, por el diálogo socrático hacia los demás, para iluminar y enseñar sin que se note el esfuerzo iluminador, es la maestría de Don Pedro, que - como en Don Antonio Machado - está animada por una sensitiva delicadeza humana y de un respeto por la cultura popular.

Don Pedro es un moralista de la vida como voluntad de trabajar y crear y es, por ello, un constante crecer desde sí y hacia los demás. Nunca desiste. Su responsabilidad es su convicción que hay algo más allá de la simple promesa. Su manera de buscar es un modo de hallar paciente: Investiga y reflexiona, reflexiona e investiga. La empresa de Pedro Henríquez Ureña es inventariar, culturalmente, a su tierra y a su América, en busca de las raíces sustentadas por el tiempo, el

espacio humano y por la historia, desde la onda viva del río de la cultura.

Es un espíritu desvelado que medita en su país y que busca el equilibrio, el pensar sereno, objetivo, real, concreto, y que huye de toda vehemencia o de un romanticismo pasional. Sabe que el amor se prueba desde la claridad del interior y que amar es iluminar lo amado, pero sin desnaturalizar su esencia sino centrándolo en ella.

Es una República Dominicana espiritual, trascendida, trascendente, responsable ante si misma y ante los demás, la que busca Don Pedro. No hay en este amor de Pedro Henríquez Ureña una concesión a lo vulgar, a lo infiel, a lo discursivo, a lo fácil y a lo fatuo, sino un exigirle a la cultura del país lo mejor, lo superior, lo cimero. ¿En qué? En todo: desde lo cotidiano hasta lo muy trascendido. La lucha de Pedro sufre entre esa distancia entre lo real y lo posible.

Huye el verbalismo. Busca un lenguaje preciso, un idioma austero dentro de sí, y un vocabulario serio, exigente, no engañoso, para explicar la cultura dominicana a los demás. El rigor de la precisión le hace sacrificar, no pocas veces, el impulso de elegancia a que pudiera llevarlo su don poético. Prefiere vestir ropa modesta de peregrino.

Devolver España a Hispanoamérica

Hay una misión cultural muy importante en la cultura americana y en la que Pedro Henríquez Ureña desempeña un papel que no dudo en llamar trascendente. Es un criollo humanista en el siglo XX - como lo había sido Andrés Bello en el siglo XIX - que nos empieza ' a devolver a España.' Esto de la devolución de España a América tiene sus matices, porque, en realidad, España no se fue - no podía marcharse de América, puesto que biológicamente estaba - está - en nuestra cultura, pero existía una situación histórica cultural, psicológica cultural, que motivaba este alejamiento hispanoamericano de la Madre Patria.

Mi idea -madurada a lo largo de muchos años, pensada y repensada, aquí y allá, es que nosotros - en nuestro conflicto de independencia política o descolonización- vivimos, en realidad, un pleito familiar de proporciones continentales, una lucha entre padres e hijos, primos, hermanos y parientes nacidos en la Península y nacidos en el Nuevo Mundo, Indias Occidentales o América.

Bastaría repasar la vida de nuestros liberadores - desde Bolívar a San Martín, desde O'Higgins a Martí,—para observar estas relaciones y estas reacciones. Tan pronto la lucha adquiere un encono “a muerte” - y la guerra se llama ‘a muerte..- como ocurren los diálogos, las treguas y hasta los brindis.

Los enfrentamientos en Venezuela, hasta Angostura, son de una furia de teatro trágico griego. Está también el Bolívar que escribe diplomático al Monarca - con el que el joven palaciego, de entonces, ha jugado a la volanta y le ha dado en la cabeza, y la Reina Madre ha dicho, más o menos, que le está bien empleado al Príncipe de Asturias que este joven suramericano le haya sorprendido con su golpe en el juego.

Como España - la Madre- se empeñaba en que los hijos no leyeran a los pensadores franceses - y esto ocurre, como se dice “hasta en las mejores familias” - los hijos buscan lo prohibido -como fuman a escondidas de los padres, desoyendo los sermones que el fumar afecta la vida y la salud. Al menos - piensan esos hijos - leer es una manera de enterarse como va el mundo.

Vivimos, pues, un siglo de alejamientos culturales con la Madre Patria y nos empeñamos en afrancesarnos para contradecirla, y porque era de “buen tono” el afrancesamiento, buscar lo francés, lo exótico, como un medio de ‘afirmar una personalidad” en discordia espiritual y material con una parte de la familia.

Bien es cierto que ocurre, también en España, por una mecánica de contradicciones, de acciones y reacciones, un afrancesamiento en el romanticismo español - del que escapa ese angel de las nieblas que es Bécquer y lo mágico y lo suave de Galicia, que está en Rosalía de Castro - pero las huellas de un

Cadalso o de un Feijoo no están en nosotros y temo que un escritor, importante escritor, de la categoría de Galdós haya entrado muy tardío.

Los colegios religiosos - a través de los padres españoles - son los puentes culturales que mantienen una relación entre España e Hispanoamérica.

Nuestra poesía está llena de Francia. Huidobro, nuestro gran poeta innovador, escribe algunos de sus cuadernos en francés. Darío debe la fuerza de su imagen inicial, no a la españolidad y a sus temas españoles que están en el poeta, sino a su afrancesamiento.

En Hispanoamérica empezamos a recuperar y a volvernos a identificar con España a través de los creadores literarios de la Generación de 1898. Y la España Peregrina - que venía de un conflicto 1936-1939, hermano o pariente - por la pasión - de las Guerras Independentistas del siglo XIX entre España e Hispanoamérica - selló el verdadero reencuentro entre España e Hispanoamérica. La República Dominicana lo supo y experimentó de manera práctica y directa.

Pero faltaba la coordinación cultural de esa tarea de devolver" España a Hispanoamérica, desde el examen de las raíces prehispánicas e hispánicas, y ese fue el amoroso y lúcido trabajo de Pedro Henríquz Ureña, que nos devuelve a España no renegando de su América sino, al contrario, reafirmando a Hispanoamérica o a la América Hispana desde el máximo ascenso espiritual de nuestra América que es la Utopía de América o la Magna Patria, pues la condición de la Utopía Americana es la asimilación de las raíces culturales indias y españolas y todos los otros ríos culturales que nos caracterizan.

Para la Utopía deberá realizarse un segundo enlace entre la Magna Patria, que es Hispanoamérica, y España -puente hacia el resto de Europa y hacia la cultura islámica.

La convocatoria y el paso del emblema

Necesitamos ser convocados, de tiempo en tiempo, para la unidad indo-hispanoamericana. Tenemos mala memoria y alguien

debe darnos la consigna salvadora, para el espacio tiempo histórico que vivimos, y para los espacios tiempos históricos que nos esperan.

Somos criaturas que vivimos en el adiós de un milenio y a quienes la luz del siglo XXI nos empieza a iluminar, aunque nos debatimos entre nuestras catástrofes guerreristas y nuestros descalabros económicos, entre los desniveles Norte-Sur y las tensiones Este-Oeste.

Y en medio de los infortunios socioeconómicos, sociopolíticos, socioculturales, sociomorales, no renunciamos - no podemos renunciar- a la esperanza.

El relevo, el paso del emblema o símbolo de la carrera, continúa su ritmo. Partimos con Bolívar que nos señaló la necesidad de la unidad y empezó a realizarla en la práctica. Los promotores de la envidia, del rencor, la ambición y la ignorancia; los erosionadores de la libertad, la dignidad y la justicia empezaron su trabajo demoleedor de la moral social mejor y de la unidad salvadora. Cada cual pensó en su capillita particular y no en la gran patria americana.

Nuestro primer maestro de la unidad murió creyendo que había arado en el mar, pero su voz encontró eco visionario en los casi finales del siglo XIX y José Martí nos habló de Nuestra América - del Río Bravo hasta Tierra del Fuego—.

Los nacionalismos suicidas, las improvisaciones, las terribles imprevisiones y los egoismos locales, regionales o zonales, impidieron que se concretara el impulso unitario predicado por Martí.

Pero su voz fue recogida, a su vez, por dos visionarios: Víctor Raúl Haya de la Torre, con el APRA, como pensador político, y por el humanista Pedro Henríquez Ureña con la Magna Patria y la Utopía de América.

Los previsores y visionarios

Las tierras del viejo Imperio Inca nos dieron la voz joven y renovadora del impulsor de la Alianza Popular Revolucionaria Americana -APRA—. El viejo imperio plural de Mesoamérica

nos dió a un promotor de la unidad de la cultura: José Vasconcelos, desde la etapa de la Revolución Mexicana más esplendoroso: "Por mi raza hablará el espíritu" o por mi raza hablará mi espíritu - nuestro espíritu-

La primera tierra donde los occidentales iniciaron el trasvase cultural, tecnológico, entre los dos continentes, nos dieron para el siglo XX al humanista compendiador, sintetizador del enlace de las culturas.. Don Pedro de América nos vuelve a reconciliar con la esperanza hacia el siglo XXI.

Es una síntesis y parece reunir y proyectar el humanismo religioso que encuentra expresión en la Isla Española o Santo Domingo y que está expresada en la visión superior, piadosa y humana del Padre Bartolomé de las Casas

Pedro Henríquez Ureña muere al borde de la mitad del siglo XX, pero su voz alcanza y orienta la etapa del paso del segundo al tercer milenio, porque Don Pedro de América recorre siglos.

Fue al pasado para buscar el futuro. Pensó e imaginó el futuro para orientar el presente y procurar salvarlo de su confusión, para encontrar la substancia y la herencia cultural necesaria.

Don Pedro es hombre de ayer y de anteayer y hombre de su presente y de las circunstancias de la actualidad pero, por calar tan hondo e interpretar tan profundamente su servicio a su tiempo, es hombre de mañana y pasado mañana.

Poetas los tres grandes visionarios en el tiempo: Bolívar, nuestro pre romántico habla en acciones, propuestas y proclamas; Martí se expresa en sentencias y versos - "con todos se ha de fundar para el bienestar de todos," y toca la onda popular desde la luz que anuncia el modernismo; Pedro Henríquez Ureña habla de voz a voz, peregrino de ala en alma. Es la voluntad moral, casi confidencial, de la previsión y el consejo; es un poeta del modernismo y un visionario de las culturas y los tiempos.

Los fondos y perfiles de un legado continental

La utopía de América, para Pedro Henríquez Ureña, no es

lo irrealizable sino una meta posible desde lo deseable. Es marcar un objetivo que se puede y debe alcanzar. No es una huida sino una concentración de energías hacia una perspectiva de unidad superior.

La utopía de América no es lo irreal, pues nace de un dolor concreto, de un anhelo meditado, de una realidad dada ya sufrida. Esta realidad es América, pero no en el modelo de los utopistas Bacon, Campanella y Moro. La utopía predicada por Pedro Henríquez Ureña es el acicate para apresurar la unidad de la América indo, hispano y afro. Es una designación simbólica de un anhelo posible que no desconoce la realidad sino que parte de ella. El mundo de mañana es el de las comunidades continentales.

La Utopía de América descansa sobre plurales bases, largos trabajos para la identificación de América como tal, que parten de otros siglos y que congregan, en las dos últimas centurias, a temperamentos muy diversos, pero unidos por un trabajo plural de conciencia y dignidad americana: Montalvo con su liberalismo sociopolítico, su combate contra la injusticia y por la herencia del idioma; Sarmiento -vehemente romántico- con su preocupación por América vigorosa y su combate contra los caudillos nefastos; Alfonso Reyes que está por una América desde el primor del trabajo inteligente; Rodó y su arielismo; Gabriela Mistral, la peregrina que, como Victoria Ocampo cultiva los mensajes relacionadores de la cultura entre nuestros países -labor artesanal, también, en Joaquín García Monge; Mariano Picón Salas que busca una onda trascendente y desde plurales perspectivas; nuestros historiadores pacientes e independientes que, pieza a pieza, reconstruyen la historia como el que restaura una vasija de una cerámica de siglos; —Luis Alberto Sánchez es uno de esos historiadores—; nuestros artistas que nos dan la visión trascendida de América, y no podemos olvidar nunca a los grandes muralistas mexicanos que son nuestros clásicos; nuestros poetas y pensadores -de Martínez Estrada a Jorge Mañach; de Neruda a Paz; de Vallejo a Lezama Lima, de José Luis Martínez a Uslar Pretti, de Mariátegui a Sábato, de Borges a Mallea, de Asturias a Carrera Andrade, todos

son una parte de esta utopía. Alejo Carpentier, Guiraldes; Cortazar, Eduardo Carranza, García, Rulfo, Juan Bosch y los demás. Y lo son, también, nuestros cronistas de hoy, que retoman - en otra dimensión, con otros medios, desde nuevas circunstancias, estilos y modos - la gran obra de los viejos cronistas de Indias. Tenemos también los que han trabajado en el siglo XX y están con nosotros. Quiero nombrar a uno muy especial: Germán Arciniegas. Todos ellos son, también, los trabajadores de la Utopía de América.

Un Objetivo nunca Cerrado

La Utopía de América es un objetivo no cerrado y siempre abierto al mañana. Cuando se consigan las mínimas metas, habrá siempre que ir más allá.

¿En qué momento nos parece que estamos trabajando por ella? Son plurales sus caminos, sus vías, sus esfuerzos, sus trabajos. Y nos parece que Don Pedro de Amemérica siempre vigila.

A la Reforma Universitaria de Córdoba, Argentina, Pedro Henríquez Ureña la estudiará fervoroso. En su viaje a México está el otro hilo de este tejido continental: la Revolución Mexicana de la que Don Pedro toma clara conciencia. Además, está el reformismo de Batlle y Ordoñez desde Uruguay.

Empezamos por lo económico, por la CEPAL. ¿El Mercado Común Latinoamericano o Iberoamericano -y los mercados comunes zonales, el Pacto Bolivariano para relacionar los estudios y el Pacto Andino, de tanta proyección, el Mercado Común Centroamericano y los proyectos de una relación socioeconómica y sociocultural de los países del Caribe, no son avances para ir concretando la utopía.?

No tenemos aún -paradójicamente- un mercado común para la libre producción y circulación de las ideas y hemos de propiciar la libre circulación en Iberoamérica, de los libros y medios educativos.

España será nuestro puente natural hacia las Comunidades Europeas y hacia el mundo árabe.

Estamos recién comenzando. El mundo y el espacio del

tiempo nos esperan. La Utopía Americana es una flecha que comienza su vuelo. Deben germinar las semillas para que podamos medir cosechas.

Nuestras manquedades son grandes. En esta nueva hora continental, carecemos de visionarios, proyectistas y previsores, de hombres políticos y estadistas de visión global. La fragmentación - producto de descolonizaciones ciegas, como la británica, y las que nos colonizan desde otros centros de poder - conspira contra nosotros. Vivimos en un mundo extremadamente conflictivo y peligroso, pues la lucha económica, ideológica y psicológica de las grandes potencias, no quiere neutrales. Este es un grave riesgo para la Utopía Americana.

La Utopía Americana y su crecimiento, no desestimaré la técnica, que es parte del progreso, pero no desdeñará el espíritu que es el que debe orientar la proyección técnica científica de nuestro tiempo -y que alcanza a nuestra América-, pues el ser humano se ha hecho para la libertad y no para la servidumbre, para la dignidad y justicia humana y no para la robotización. La técnica debe estar al servicio del ser humano y su felicidad, y no el ser humano convertirse en siervo o tuerquecilla de la técnica.

Un reconocimiento y unas perspectivas

Vivimos entre numerosas intoxicaciones. El legado y el ejemplo de Pedro Henríquez Ureña deben servirnos para evitar caer en los dogmatismos disminuidores de nuestra oportunidad hacia un mejor futuro.

América -a través de su utopía- toma conciencia de sí, se reconoce, crece, no para aplastar a otras masas humanas o atentar contra la dignidad de ellas, sino para ayudar al equilibrio planetario.

El hombre universal será un día realidad y el mundo tendrá que aprender a gobernarse como una comunidad de patrias y continentes.

Necesitamos un espíritu crítico lúcido y constructivo. Vamos a realizar la Utopía Americana, que predicó Don Pedro de América, sin desconocer la realidad y las circunstancias del

espacio tiempo histórico que nos corresponde. El pensamiento ha de ser, con el ejemplo de Pedro Henríquez Ureña: vigilante y creador. Sólo un nacionalismo es el que debemos exhibir: el nacionalismo continental, constructor de una conciencia planetaria.

Las naves que van hacia el Tercer Milenio son naves espaciales y ya no marítimas como en 1492. Pero necesitamos todas las naves y todos los viajes para crecer y proyectarnos. 1992 es una fecha. Es la conmemoración de los cinco siglos del encuentro de dos culturas, de dos tecnologías diferentes, que han llegado a fundirse, a relacionarse, como las otras culturas -la africana muy especialmente- que también nos ha nutrido. Somos una síntesis, pero también un gran programa cultural, material y espiritual humano. Somos una comunidad que debe tomar conciencia de si misma, desde lo mejor y hacia lo mejor. Esta ha sido la empresa y la proeza intelectual de la prédica de Don Pedro de América, que en el centenario de su nacimiento está en nosotros.

En homenaje y reconocimiento -y cálido y vivo recuerdo- al maestro de la Magna Patria y de la Utopía de América- repitamos con Jorge Luis Borges (3): "Pedro Henríquez Ureña se sintió americano y aún cosmopólita, en el primitivo y recto sentido de esta palabra que los estoicos acuñaron para manifestar que eran ciudadanos del mundo."

Digamos con su amigo Alfonso Reyes -su amigo y su otro hermano espiritual: "Enseñaba a oír, a ver, a pensar, y suscitaba una verdadera reforma en la cultura, pensando en su pequeño mundo con mil compromisos de laboriosidad y conciencia."

Recordemos con Francisco Romero: "Henríquez Ureña vivió su americanismo como realidad y como ideal, como una realidad para él, que pretendía y fervorosamente anhelaba fuera realidad para muchos. Pocos como él han conocido y amado la historia, el paisaje y la cultura americana, pocos han penetrado tan adentro en el corazón de estas tierras."

(3). Las citas están en la contratapa de Pedro Henríquez Ureña *La Utopía de América*, Caracas, Venezuela, 1978, Biblioteca Ayacucho. Compilación y Cronología Angel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot.